

APENDICE

RELACION FÚNEBRE

*á la infeliz trágica muerte de dos caballeros de la mas ilustre nobleza de la Nueva España, Alonso de Avila y Alvaro (1) Xil Gonzalez de Avila, degollados en la nobilísima ciudad de México á 3 de Agosto de 1566. Escribióla D. Luis de Sandoval Zapata.*

Tú Melpómene sagrada,  
Que presides en la esfera  
De los cristales del Pindo  
Al coturno y la tragedia;

(1) Se debe leer Alonso de Avila Alvarado y Gil Gonzalez de Avila. En el romance me he tomado la libertad de poner la ortografía moderna.

Tú que á los varones grandes,  
En sus lástimas postreras  
Eternizas sus memorias  
Contra fúnebres tinieblas;

Tú que á los helados polvos  
Que gastados bronce sellan,  
De la prision del olvido  
Los vuelves á vida nueva;

Tu trágico ardor me influye,  
Dame tus puras centellas,  
Para el argumento triste  
Que mi helada pluma intenta.

Oirá mis lúgubres versos  
La fama porque sus lenguas  
En sus ecos inmortales  
Organizan mis cadencias.

En el nuevo mundo, grande  
Pira del mayor planeta,  
Pues sobre sus grandes montes  
Difunto fanal se acuesta.

Entre tanto ilustre pecho  
De la escogida nobleza  
Que su poder todo un mundo  
Al mas Católico César:

Donde tanto español Marte  
Con la espada y la escopeta  
Quitó mas vidas en indios  
Que ellos dispararon flechas:

Cuya sangre derramada  
En el papel de la arena,  
Fué Corónica purpúrea  
A sus hazañas eternas.

En su Metrópoli insigne  
De la América cabeza,  
Dos Caballeros vivian  
De grandes ilustres prendas.

Hijos de dos capitanes  
Que en las huestes mas sangrientas  
Con el valor de su acero  
Dieron vida á sus proezas.

Cuanto nobles, infelices,  
Entre prisiones funestas  
En infelices estragos  
De tristes hados se quejan.

¡Ay Avilas desdichados!  
Quien os vió en la pompa excelsa  
De tanta luz de diamantes,  
De tanto esplendor de perlas,

Ya gobernando el bridon,  
Ya con la ley de la rienda  
Con el impulso del freno  
Dando ley en la palestra

Al mas generoso bruto,  
Y ya en las públicas fiestas  
A los soplos del clarin  
Que sonora vida alienta.

Blandiendo el fresno ó la caña,  
Y en escaramuzas diestras  
Corren en vivientes rayos  
Bolas en aladas flechas,

Y ya en un lóbrego brete (1)  
Tristes os mirais, depuesta  
La grandeza generosa  
Entre tan obscuras nieblas.

Ajado todo lo noble,  
Y ya entre infames sospéchas,  
Entre escrúpulos alaves,  
Entre acusaciones feas,

Con indicios de traidores  
A la pasion que gobierna,  
A la envidia que os acusa,  
A lo ciego que os procesa.

Diciendo que mereceis,  
Por ofender la diadema  
Del invictor Rey de España,  
Que os derriben las cabezas.

Que en público vil cadalso  
Mano bárbara y plebeya,

(1) Cepo ó prision estrecha de hierro, que se pone á los reos en los piés para que no se puedan huir.

De un fermentido verdugo,  
Se tiña en tan nobles venas.

¡Qué á priesa acusa la envidia,  
Y la indignacion qué á priesa  
Sabe fulminar la muerte  
Contra la misma inocencia!

Mas no importa, que hay Dios grande,  
Cuya eterna providencia  
Ofendidos desagravia  
Con sus cárceles eternas,

En cuyas justas balanzas  
Aun leves culpas se pesan,  
Que hará delitos tan graves  
Que matan vida y nobleza.

Ninguno de los mortales,  
Desde el mas augusto César  
Hasta el plebeyo mas vil,  
Puede excusar la presencia

Del Divino Entendimiento,  
Y que infalibles sucedan  
Las órdenes inmortales  
Que su voluntad decreta.

Díganlo estos caballeros:  
Despues de tantas riquezas,  
Tantas espléndidas pompas,  
¿Quién á su lustre dijera

Que un verdugo les habia  
De ensangrentar las cabezas!

Amigos fueron de aquel  
Nieto del mayor cometa

Que vió Marte en sus campañas  
Al tremolar sus banderas;  
Del gran D. Pedro Cortés (1),  
Y como entre la soberbia

Abundancia de lo rico  
Fué la envidia quien acecha,  
Porque en sus grandes convites  
Y en aparatosas mesas

Miró coronas floridas  
De claveles y azucenas,  
La sospecha de la envidia  
Pasando por evidencia,

Afirmó que eran alevés,  
Y que contra el grande César  
Esclarecido Felipe,  
Conjuraba su nobleza.

Delatados á las togas  
Que gobernaban la Audiencia  
De esta corte mejicana,  
De esta Metrópoli nueva,

(1) Me parece que no debe decir *Pedro*, sino *Hernan*.

Con celo quizás sería  
De felicidad atenta,  
Le dieron la comision  
Para que luego los prenda,

A un caballero ordinario,  
Alcalde Manuel Villegas.  
Los dos Avilas hermanos,  
Ya su grandeza depuesta,

Entre prisiones y bretes  
Las cárceles los hospedan,  
La Severidad togada  
Con qué priesa los procesa,

Con qué ardor que los fulmina,  
Y con qué ira los sentencia!  
Ya sus descargos no valen,  
Ya se frustran sus promesas,

Ya los abogados callan  
Que el furor los atropella,  
Ya esta gran corte se pasma,  
Ya visten tristes bayetas

Los dos tristes inocentes;  
Ya la voz fúnebre suena,  
Y ya en lamentables ecos  
Las sordinas y trompetas

Van entristeciendo el aire  
Y las mas duras orejas.  
Ya los sagrados ministros  
Contra sus dos vidas muertas

Van ayudando á morir  
A su acusada inocencia.  
Nubes fúnebres los ojos  
En tristes lluvias se anegan,

Y tartamudos los labios  
No saben formar la queja,  
Y sustituyen los ojos  
Con el llanto que despeñan,

Las sílabas de la voz  
Con dos cristalinas lenguas.  
Con tristisimos clamores  
Ya por las calles los llevan,

Y ya fúnebres los ojos  
Con sus lágrimas se anegan,  
Ya los doctos confesores  
Les intiman penitencia.

Y á un Cristo crucificado  
Que entre lluvias tan sangrientas  
Es la nube del amor  
Que desató rojas perlas,

Piden perdón de sus culpas,  
Ya al cadalso vil se llegan,  
Ya sentados en las sillas  
El verdugo cauto llega,

Y con negros tafetanes  
La vissiva luz les venda;  
Ya sobre el cuello del uno,  
Con sangrienta ligereza

Descarga el furor del golpe  
E intrépido lo degüella,  
Y para poder quitar  
De los hombros la cabeza,

Una y otra vez repite  
La fulminada dureza;  
Y al ver tan alevés golpes  
El otro hermano se queja

De mirar que en un cadáver  
Aun dure la rabia fiera.  
Después de estar ya difunto,  
Al segundo hermano llega

La cólera del verdugo,  
Y las rosas aun no muertas  
Del rojo humor desatado  
Tiñe otra vez en sus venas.

Troncos los cuerpos quedaron,  
Difuntas purpúreas yertas  
Deshojadas clavellinas  
Y anochecidas pavesas.

En sollozos y gemidos  
Todo México lamenta  
Esta temprana desdicha,  
Esta muerte lastimera.

Los que con tanto poder,  
Con tan pródiga opulencia

Se portaron cuando estuvo  
Firme la mudable rueda

De la fortuna, se ven  
En la miseria postrera.  
Los que pudieron tener  
En sus fúnebres exequias

Mármoles á sus cenizas,  
Y que sus urnas pudieran  
Competir con los mauseolos  
Que erigió soberbia Grecia,

Hoy á sus helados troncos  
Aun siete palmos de tierra  
Les faltan para sepulcro.  
Solo un clérigo los lleva

Con dos ganapanes viles  
Y una luz que casi muerta  
Con sus balbucientes rayos  
Dice con trémula lengua

En lo que paran del mundo  
Pompas, faustos y grandezas.  
Ya las fúnebres campanas  
Tristes al aire se quejan,

Y siendo su metal muerto,  
Está muy viva la queja.  
A la lástima comun,  
Con el vulgo la nobleza,

Si tristes lágrimas vierten,  
De ardientes suspiros pueblan  
La ruda region del aire,  
De temor callan sus lenguas.

Mas en llanto y en sollozos,  
Cuánto acusa su terneza;  
Cuánto su dolor fulmina,  
Cuánto su horror se querella!

Era el siglo que corria  
Mil quinientos y sesenta  
Y seis años, en el día  
Que las vísperas celebra

Del honor de los Guzmanes  
Con tantos cultos la iglesia.  
Tan sin pompa, tan sin fausto,  
En poca sagrada tierra

Del convento del gran Padre  
Agustino los entierran,  
Donde entre lúgubres polvos  
Y entre cenizas funestas,

Los tristes ecos aguardan  
De aquella trompa postrera  
Del juicio, en que han de mirarse  
Tantas lástimas revueltas,

Ya vidas organizadas  
Y la justicia severa

Del Soberano Señor  
Que hombres y ángeles gobierna,

A cuya infinita vista  
No hay engaño que se atreva,  
Ha de pesar esta muerte  
En balanzas justicieras.

Conoceremos quien tuvo  
La culpa en esta sentencia,  
Si el desvalido acusado  
Que casi fué sin defensa

Al cadalso, ó el ministro  
Que con intrépida priesa,  
Mal atento á los descargos,  
Por dos vidas atropella.

Era embarazar mi pluma  
Que tan tarda como lega  
Por los aires del Parnaso  
Con tan torpes giros vuela,

Querer ahora describir  
Las muchas lágrimas tiernas  
Con que la triste señora  
Su infeliz consorte emperla,

Lluvias de pesares vierte  
El alma con tristes quejas.  
¡Oh Alonso de Avila, quién  
Con impiedad tan sangrienta

Separó la dulce union  
Que en tan finos lazos era  
De nuestro amor la visagra!  
¡Cuál fué la mano que fiera

Con desapiadado impulso  
Tiñó el acero en sus venas!  
¡Cuál fué el aleve tirano  
Que con villana fiereza

Salpicó el cuchillo limpio  
Con tiernas púrpuras muertas!  
¡Cuál fué? ¡Oh malhaya el golpe,  
El brazo tirano muera!

Una víbora de lumbre,  
Con veneno de centellas  
La region del aire vibre,  
Porque á sus ímpetus muera,

Un rayo, porque á su golpe  
Impulso y vida, yo pierda.  
Dijo, y en sollozos tristes,  
Difunta la voz apenas,

Pegándose en la garganta,  
Y á sus sílabas postreras  
Suplió el llanto de los ojos  
El defecto de la lengua.

Tres togas son las que dieron  
Por culpada, la que piensan

Fué inocencia mucho pueblo,  
Airados tres jueces eran,

Orozco, Puga y Sainos,  
Que no solo los condenan  
A muerte en triste cadalso,  
Pero su nobleza afrentan

Con las viles ignominias  
Que las leyes mas severas  
Ordenan á los traidores:  
Sus casas, todas soberbias,

Las derriban por estrago,  
De la mas humilde tierra  
Por ignominia las harán,  
Y de estéril sal las siembran.

Los caballos, los jaeces,  
Las esmeraldas, las perlas,  
Los diamantes, los rubíes,  
Las mas preciadas preseas

De escritorios y pinturas  
Donde fueron las ideas  
Del pincel valiente vidas,  
Decreto horrible secuestra.

Y con los duros relieves  
Del cincel, en una piedra  
Padron afrentoso erige  
Que con inmortales letras

Está acusando su culpa,  
Entallando está su afrenta,  
Bien que despues el Consejo  
De la Majestad excelsa

Del gran Monarca de España,  
Con las atenciones cuerdas  
De tanto docto licurgo,  
Declaró con su clemencia,

No hubo culpa de traidores  
En los Avilas. ¡Oh quiera  
El cielo que algun pariente  
De esta afrentada nobleza,

Pida á los piés de Felipe,  
Augusta Majestad nuestra,  
Su piedad gloriosa mande  
Borrar del Padron las letras,

Que están, á pesar del tiempo,  
Acusando la inocencia!  
O quiera aquella divina  
Y celestial Providencia,

La eterna Jerusalem  
Inmortal patria les sea,  
Leve la tierra y la trompa  
De la fama su defensa.